

no maldijeron á la Santa Sede que los sacrificaba á una paz imposible. No lucharon con el poder temporal, y se sometieron con dolorosa resignacion al breve de Clemente XIV, sin que se les oyese protestar ni con una duda, ni con un murmullo, ni con un ultraje. Sigámosles ahora en su dispersion.

CAPÍTULO XXXVII.

Confusion de ideas después de la extincion de los Jesuitas. — El cardenal Pacca y el protestante Leopoldo Ranke. — Situacion moral de la Compañía. — Los Santos y los Venerables. — Los PP. Wiltz, Cayron y Pepé. — El parlamento de Tolosa y el P. Sorane. — Las ciudades de Soleure y Tivoli erigen una estatua á dos Jesuitas. — María Teresa y el P. Delfini. — El P. Parhamer funda una casa para los huérfanos del ejército. — El P. de Matteis en Nápoles. — Los Jesuitas son elegidos por los obispos del Nuevo Mundo como visitadores de las diócesis. — Los Jesuitas en presencia de los misioneros sus sucesores. — Testimonios de Mr. Perrin. — Busson y Gibeau. — Los Jesuitas vuelven á Cayena bajo los auspicios del Papa y del rey de Francia. — Los Jesuitas predicadores en Europa. — El P. Duplessis y los obispos. — El P. Beauregard en Nuestra Señora de Paris. — Su profecía. — Cólera de los filósofos. — El jubileo en 1773. — Reaccion religiosa en el pueblo. — Los filósofos y los parlamentos hacen responsables de ella á los Jesuitas. — El Padre Nolhac en la nevera de Aviñon. — El P. Lanfant. — Los Jesuitas en las jornadas del 2 y 3 de noviembre de 1792. — Los Jesuitas españoles durante la peste de Andalucía. — Los Jesuitas obispos. — Los Jesuitas matemáticos, astrónomos y geómetras. — Sus misiones científicas. — Sus trabajos útiles. — Los Jesuitas al frente de los seminarios y de los colegios. — Los Jesuitas en el siglo. — Su educacion. — Boscovich es llamado á Paris. — Poczobut en Wilna. — Hell en Viena. — Liesganig en Lemberg. — El hermano Zabala, médico. — Eckel, numismático. — Requeno y el telégrafo. — El P. Lazari, examinador de los obispos. — Los Jesuitas proscritos y teólogos del Papa. — Los Jesuitas historiadores y filósofos. — Feller en Bélgica. — Zaccaria dirige los estudios de los nuncios apostólicos. — Los Jesuitas ascéticos. — Berthier y Brottier. — Freron y Geoffroy. — Los Jesuitas predicadores. — Miguel Denis y sus poesías alemanas. — Bercastel y Guerin du Rocher. — Ligny y Narusewicz. — Schwartz y Masdeu. — Jesuitas ilustres por su nacimiento.

Los Jesuitas habian dejado de existir como Congregacion religiosa. No es este el lugar de examinar si su abolicion, pedida en nombre de la fe, de la moral, de la educacion pública, de las franquicias de la Iglesia, y de la paz de las monarquías, ha hecho á los pueblos mas católicos, á los hombres mas virtuosos, á la juventud mas ardiente en el estudio que en el vicio, al Papa y á los obispos mas libres, á los príncipes mas felices en sus tronos, y si

ha devuelto en fin la tranquilidad á las naciones. No nos toca examinar si la aurora de los dias serenos prometidos á la tierra con la extincion del Instituto de Loyola se ha convertido en tinieblas mas densas, en desórdenes intelectuales mas patentes, y en depravacion y en crímenes tales, que serán por mucho tiempo aun el espanto del mundo civilizado.

Coligábanse verdaderamente los parlamentos de Francia y los ministros de España y Portugal para preservar la Religion y la monarquía de las culpables asechanzas del jesuitismo. Veinte años después, dia por dia, la República francesa por medio de su Convencion nacional inspiraba á la multitud so pena de muerte la negacion de todo culto, la destruccion de toda idea religiosa ó monárquica. Desde lo alto del tablado que enrojecia con la sangre de los reyes, del pueblo, de los sacerdotes y de la nobleza, excitaba todas las pasiones, las deificaba para reinar por ellas, y las destruía cuando sus víctimas se avergonzaban de aceptar la servidumbre. Los corruptores de la juventud eran privados de la enseñanza, y por un fenómeno inexplicable la juventud se levantaba mas corrompida. Se habia anonadado á los perturbadores del reposo público, y al propio tiempo el desorden invadía la Iglesia y el Estado, y penetraba hasta en el hogar doméstico. Algunos teólogos del siglo XVI no disertaban ya acerca el regicidio; mas este pasaba á ser un acto de civismo y de alta moralidad revolucionaria. No existian los Jesuitas para legitimar los atentados sociales; y sin embargo el crimen llegó á hacer la ley. Se dudaba así del derecho de familia como del de propiedad. Los Jesuitas no fomentaban ya divisiones entre los reyes y los súbditos; y sin embargo, guerras sin objeto ó sin fin cubrian el mundo de ruinas y de sangre.

No nos toca tampoco señalar esa confusion de principios y de ideas. Los Jesuitas hubieran podido combatirla, pero no les era ya dado contenerla, puesto que el mal era mas poderoso que todos los remedios humanos. Lo que sí importa á la historia de la Compañía de Jesús, es demostrar que al atacar á los discípulos de san Ignacio de Loyola, los enemigos de la Religion y de los tronos sabian perfectamente donde tendian sus esfuerzos. La unidad en la enseñanza era un obstáculo real para los proyectos concebidos: minóse esa unidad por su base; y cuando en 1786 el cardenal Pacca fué á desempeñar la nunciatura de Colonia, encontró la revolucion ya madura. Este sabio describe en estos términos los resul-

tados de la destruccion de los Jesuitas: «Poco á poco, dice¹, los «buenos alemanes perdieron el respeto que tenian al clero, á la «Santa Sede y á la disciplina de la Iglesia. Mientras subsistió la «Compañía de Jesús, que tenia muchos colegios en las universi- «dades, y escuelas públicas en diversos lugares, esas máximas er- «róneas hallaron una fuerte oposicion, y el mal no hizo grandes «progresos; pero la extincion de aquel Instituto, que habia me- «recido tanto bien de la Religion, unida al progreso de las socie- «dades secretas, causó á la religion católica pérdidas inmensas. «Rompiéronse entonces todos los diques, y un torrente de libros «perversos é irreligiosos inundó la Alemania.»

El historiador protestante Leopoldo Ranke sigue la misma opinion: «La destruccion instantánea de esa Sociedad, dice², que «se hizo su principal arma de la instruccion de la juventud, de- «bia por precision estremecer al mundo católico, hasta en la es- «fera en que se forman las nuevas generaciones.» El rio habia salido de madre. Hemos visto ya lo que hicieron para contenerlo los Jesuitas unidos en corporacion; faltanos ver lo que les permitió hacer su aislamiento impensado. Hasta en medio de la debilidad que resulta de la dispersion, sus individuos supieron hacerse útiles á la fe católica por su piedad, á la Iglesia por sus virtudes ó por su elocuencia, y á las ciencias y á las artes por sus trabajos.

Cuando el Instituto sucumbió encerraba en su seno Padres que en nada habian degenerado de los primitivos, y estaba tan floreciente como en los mas brillantes periodos de su historia³. La mo-

¹ *Memorias históricas del cardenal Pacca*, traducidas por el abate Lionnet, pág. 13.

² *Historia del Papado*, tomo IV, pág. 500.

³ La Compañía de Jesús cuenta en su seno diez Santos, dos Beatos y un crecido número de Venerables. Los Santos proclamados por la Iglesia son: Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Francisco de Borja, Francisco de Regis, Francisco de Girolamo, Luis de Gonzaga, Estanislao Kotska y los tres mártires del Japon, Pablo Miki, Juan de Gotho y Jaime Kisai. Los Beatos son Alfonso Rodriguez y Pedro Claver.

Llámase *venerable*, en el sentido estricto de esta calificacion, á aquel cuyas virtudes han sido declaradas heróicas, ó cuyo martirio ha sido aprobado por la Congregacion de los Ritos en asamblea general celebrada en presencia del Papa. En su sentido menos riguroso se da esta denominacion á aquellos á quienes se ha formado causa de beatificacion. Los Venerables declarados tales, *sensu stricto*, son los mártires Andrés Bobola, Ignacio de Azevedo y sus treinta

deracion de los espíritus habia producido la moderacion en las máximas. La Compañía de Jesús se habia disciplinado á sí misma; velaba con mas cuidado que nunca sobre las doctrinas emitidas por sus teólogos; imponia como una ley á sus controversistas la caridad cristiana; vivia en la mas perfecta union con los obispos, y nunca se habia mostrado mas ajena á los negocios seculares ó políticos. Habia comprendido que era preciso que los maestros del pueblo fuesen un dechado de buenas costumbres, ante el desenfreno de los vicios que tomaba bajo su proteccion la filosofia. El pasado era para los Jesuitas una garantía del porvenir, y el número de los Padres que glorificaron la Compañía con su celo apostólico y sus talentos no fue menor que antes.

Así, en el espacio de algunos años, la muerte habia arrebatado al Instituto hombres que dejaron un largo recuerdo sobre la tierra. Pedro Wiltz en 1749, Jacinto Ferreri en 1750, Jaime Sanvitali en 1753, Juan Cayron en 1754, Juan Santiago y Onofre Paradisi en 1761, Camilo Pacetti en 1764, Francisco Pepé, el orador de los Lazzaroni, en 1769, habian hecho apreciar la Religion por sus obras: su muerte santificó la humanidad. Ellos perpetuaban en Alemania, Italia y Francia el celo de los Javier y los Regis. Eran los consoladores de los pobres; y los ricos de la tierra les llamaban á su lecho de muerte en el momento supremo; y para acabar mas santamente, Benedicto XIV espiraba entre los brazos del P. Francisco Pepé. La supresion de la Orden no minoró esos homenajes que arrancaba la virtud al siglo XVIII. Se habia destruido la Compañía, mas esta era aun venerada y estimada en sus individuos. En 1784 se vió al parlamento de Languedoc reunirse

y nueve compañeros, Rodolfo Aquaviva y sus cuatro compañeros. Los Venerables no mártires son: Pedro Canisio, José Anchieta, Bernardino Reabini, Luis du Pont y Juan Berckmans. Entre los Venerables cuyo expediente se ha formulado, pero cuyo martirio ó heroicidad de virtudes no ha sido reconocida todavía, se cuentan: Gonzalo Silveira, Juan Sanvitores, Carlos Spínola, Mastrelli, Vieira, Pontgratz, Groclezki, Juan de Britto, Roberto Belarmino, Vicente Caraffa, Luis de Lanuza, Andrés Oviedo, Juan de Alloza, Castillo, Padiá, Luzagui, Balducci y José Pignatelli. Este es el último eslabon de esta cadena que llegó hasta á Loyola.

Adviértase que solo nombramos á aquellos sobre los cuales conserva todavía documentos la Congregacion de los Ritos; pues hay muchos cuyos procesos se instruyeron y no se encuentran en los archivos de dicha Congregacion. Tales son los venerables Juan Sebastiani, Julian Maunoir, el maronita francés Georges, Bernardo Calnago y muchos otros.

para dar un último decreto tocante á los Jesuitas. Aquel tribunal se habia asociado á los actos de los demás parlamentos; habia sentenciado y maldecido al Instituto; aquella vez empero no se ocupa en condenarlo. El P. Juan Sorane, el amigo de los pobres, acaba de sucumbir víctima de los esfuerzos de su celo, y el Parlamento ordena que el Jesuita será enterrado solemnemente en la iglesia de Nazareth de Tolosa, y en el mismo dia la curia diocesana comienza sobre aquel cadáver que todos bendicen los informes judiciales para la beatificacion del Padre. En los Cantones suizos, lo mismo que en las puertas de Roma, el dia de la muerte de cada discípulo de san Ignacio lo es de duelo y de elogios. El 1.º de noviembre de 1799 los regidores de Soleure escriben en sus registros el nombre del P. Crollanza, enumeran los servicios que ha prestado á la antigua Helvecia, y erigen una estatua á su humildad. En 1802 el Senado de Tívoli erige otra en la sala de sus deliberaciones al P. Saracinelli. Bautista Faure recibe los mismos honores en Viterbo; el rey Poniatowski hace acuñar en Varsovia una medalla en honor del P. Kanouski. Los Jesuitas desterrados de España se habian consagrado al servicio de los pobres en muchas ciudades de Italia; estas admiran su caridad, celebran sus talentos, y aun en el dia se pronuncian en ellas con respeto los nombres del hermano Manuel Ciorraga, y de los PP. Sala, Mariano Rodriguez, Pedralbes, Marquez, Salazar y Panna.

Mientras que los PP. Berthier, Tiraboschi, Carlos de Neuville Poczobut, Pignatelli, Andrés, Muzarelli y Beauregard llenaban el mundo con sus trabajos y con la fama de su elocuencia y piedad, la emperatriz Maria Teresa ofrecia en 1776 un testimonio público al P. Delfini: «Teniendo, dice, en consideracion las brillantes «virtudes, la doctrina, la erudicion y la vida ejemplar de Juan «Teófilo Delfini, teniendo presente además sus trabajos apostóli- «cos en Hungría, en el principado de Transilvania, donde ha con- «vertido, con gran alegría nuestra, un crecido número de ana- «baptistas á la verdadera fe, hemos elegido y nombramos á di- «cho Teófilo Delfini, como hombre muy capaz y que ha merecido «bien del Estado y de la Religion, y grato por consiguiente á

¹ En el pedestal de esta estatua se leia esta inscripcion: *Pauperum patrem, aegrorum matrem, omnium fratrem, virum doctum et humillimum; in vita, in morte, in feretro suavitate sibi similem, amabat, admirabatur, lugebat Solorum.*

«nuestra persona, abad de Nuestra Señora de Kotos-Monostres.»

Lo que el P. Delfini había hecho por la Hungría y la Transilvania, Ignacio Parhamer lo emprendía con igual éxito para el Austria y la Carintia. Parhamer es el sabio popular, el hombre de iniciación cristiana y de perfeccionamiento social. Confesor y amigo del emperador Francisco I, se le vió aprovecharse de su crédito en la corte para fundar muchos establecimientos útiles. Pero en un Gobierno donde todo ciudadano nace soldado, Parhamer comprende que la gratitud del príncipe debe extenderse á aquellos á quienes ha dejado huérfanos la guerra. Segun él, este será el mejor medio de conservar la adhesión á la patria, y en su consecuencia funda una casa para recoger á los hijos de los que mueren en defensa de ella. Introduce en esa especie de hospital de Inválidos de la infancia los ejercicios, la disciplina y el orden militares. Colmado de distinciones por María Teresa, el Jesuita, después de la extinción de su Orden permanece al frente de los huérfanos que ha reunido. José II le propone un obispado, dándole dos meses de tiempo para vencer su repugnancia, y en este intervalo Parhamer espira en 1786. En Nápoles brilla el P. Pascual Matteis, el brazo derecho de san Alfonso de Liguori, á quien el ministro de Fernando IV tienta con las mas brillantes promesas. Tannucci ha descargado el golpe sobre la Compañía, pero no se atreve á privar al reino de los servicios de Matteis. El Jesuita se resiste á sus deseos: ha hecho voto de vivir bajo el estandarte de san Ignacio, y lo cumplirá hasta al fin de su carrera. En 1779 muere venerado por los pueblos.

Y no son únicamente la Alemania y la Italia las que honran y respetan las reliquias del Instituto. En Francia han encontrado un apologista hasta en el convencional Gregorio. «María Leczinska, reina de Francia, dice ¹, tenía por confesor un Jesuita polaco llamado el P. Radominski, del cual hizo el abate Johanet un gran elogio. Este religioso, muerto en 1756, fue reemplazado por otro Jesuita de la misma nacion, llamado el P. Biegauski. Su cualidad de extranjero le exponía á ser desterrado de Francia cuando fue extinguida la Compañía; pero la Reina le hizo quedar á su lado.» Mas adelante añade: «La Delfina, madre de Luis XVI, tuvo tambien por confesor un Jesuita, el P. Miguel Kroust, de Estrasburgo, desde 1748 hasta 1763. Era el tal un

¹ *Historia de los confesores*, etc., pág. 396 y 397.

«eclesiástico piadoso é instruido, que ha publicado varios tratados en latin, y entre otros algunas meditaciones para los discipulos del Santuario.»

En el espacio de cuarenta y un años, desde 1686 hasta 1727, se cuentan en el Necrologio de la Compañía ciento trece Jesuitas muertos en el mar yendo á las Indias. Cada año tenía sus víctimas; sin embargo, nunca faltaron misioneros que se ofreciesen á la muerte y á los sufrimientos. En 1760 se hallaban en el apogeo de su grandeza y de sus triunfos. Los PP. Fauque, Boutin, Cibot, Dollieres, Amiot, Cœurdox, Collas, Artaud, Lorenzo de Costa, Poisson, Silverio, de Rocha, Machado, Alejandro de la Charme y de Ventavon, acostumbraban á los trabajos del apostolado á la nueva generación que debía sucederles. Juan de San Esteban se consagraba á las misiones cerca de los literatos chinos, entre los parias ó en los bosques de América; y después de haber sido el agente general del clero de Francia, se hacia Jesuita para acabar con esa muerte que envidiaban todos los Padres. Se les había visto marchar sin tropezar nunca en el camino que abrian, se les había calumniado para perderlos. Cuando el breve de extinción hubo condenado á la esterilidad unos esfuerzos tan constantes, sonó por fin la hora de la justicia para los Jesuitas. Los obispos del Nuevo Mundo los tomaron por guías, por compañeros en sus visitas pastorales. Mas aun: ellos inspiraron una equidad concienzuda á los misioneros que la Santa Sede y la Francia les daban por sucesores. Uno de esos últimos, cuyas relaciones han merecido siempre entero crédito, Mr. Perrin, sacerdote de las misiones extranjeras, se expresa en estos términos ¹: «Desafío al mas atrevido detractor de la verdad á que me pruebe que la Compañía de Jesús ha tenido que avergonzarse alguna vez de las costumbres de

¹ *Viaje al Indostan*, tomo II, pág. 161. Mr. Perrin explica su posición con respecto á la Compañía, extinguida tres años antes de su llegada á las Indias: «No se debe tener por sospechoso lo que diré de esos Padres, pues no he pertenecido jamás á esa Corporación, que había dejado ya de existir cuando la Providencia me puso en la feliz necesidad de tener relaciones con algunos de sus individuos. Yo estaba agregado á una asociación de sacerdotes seculares, que habían tenido debates muy largos y acalorados con los Padres Jesuitas, y que hubieran podido ser considerados como sus enemigos, si los verdaderos cristianos pudiesen tenerlos. Mas debo asegurar, para hacer justicia á unos y á otros, que á pesar de sus contiendas, se han manifestado siempre la mayor estimación y consideración.»

ningunos de los que cultivaron la mision malabar, sea en Pondichery, sea en el interior. Todos eran hijos de la misma virtud, y la inspiraban tanto por su conducta como por sus predicaciones.»

Ese rival que toma posesion de la herencia ganada con la sangre y los sudores de los hijos de Loyola, no puede tener sino prevenciones contra ellos. Él las proclamaba, y hé aquí cómo se horroraron: «Confieso, continúa diciendo¹, que he examinado los Jesuitas del Indostan con los ojos de la crítica, y tal vez de la malignidad. Desconfiaba de ellos antes de conocerlos, pero su virtud ha vencido y anonadado mis prevenciones: la venda del error ha caido de mis ojos. He visto en ellos hombres que sabian unir los grados mas sublimes de oracion con la vida mas activa y mas continuamente ocupada; hombres de una abnegacion perfecta y de una mortificacion que hubiera asustado á los mas fervorosos anacoretas; que se negaban hasta lo rigurosamente necesario, al par que consumian sus fuerzas en los penosos trabajos del apostolado; sufridos en las penas, humildes á pesar de las consideraciones de que gozaban, y de los resultados que acompañaban su ministerio; que se abrasaban en un celo siempre prudente, y que no se amortiguaba jamás. No, no se les veia alegres y satisfechos, sino cuando, después de haber empleado los dias enteros en predicar, en oír confesiones, en discutir y componer asuntos espinosos, se iba á interrumpir su sueño para hacerles correr á una ó dos leguas de distancia para socorrer á algun moribundo. No temo decirlo: eran operarios infatigables, y que no se apuraban por nada; pero si bien les doy este homenaje con gusto, tendria que ofrecérselo aun cuando no quisiese, pues la India entera elevaria su voz, y me convenceria de impostura si usase otro lenguaje.»

Mr. Perrin, que examinó á los Jesuitas de cerca, que los estudió en su vida y su muerte, refiere además lo que sigue: «El P. Busson, dice, que tenia cuarenta y cinco años cuando le ví por la vez primera, llevaba una vida tan penitente, que todo el año no tomaba mas descanso durante la noche que el que le exigia la naturaleza, y aun para que esta no le venciese, permanecia en pié apoyado contra una pared, y pasaba las noches rogando en esa postura incómoda, ó postrado en la tarima del al-

¹ Viaje al Indostan, tomo II, pág. 166.

tar de su iglesia. No tomaba mas alimento que pan mojado en agua y algunas yerbas amargas y sin sazonar, y á pesar de llevar una vida tan austera, trabajaba continuamente, sin permitirse ningun recreo. Gobernaba él solo un colegio; administraba una poblacion cristiana bastante numerosa; dedicaba todos los dias algun tiempo á la labor, y ayudaba aun á sus cofrades, encargándose de cuanto habia de mas penoso y repugnante en el ministerio. Aunque cubierto de llagas y de úlceras, parecia ser impasible; siempre afable, tranquilo y de una alegría modesta, atraia á los pecadores con un aire de interés que los unia á él para siempre. Dotado de una caridad ardiente y compasiva, expiaba los crímenes de los otros, á fin de no tener que acusar su debilidad. Cual digna copia del modelo mas acabado, fue obediente hasta la muerte. Hallábase en Oulgarc, poblacion indiana distante una legua de Pondichery, cuando cayó enfermo. Tuvo gran cuidado en prohibir á sus discipulos que avisasen á sus hermanos el estado en que se hallaba, temeroso de que le procurasen alivios, que él creia incompatibles con el espíritu de penitencia. Estaba echado en el suelo en un corredor, abandonado de todo el mundo, y sin otro alivio que algunas gotas de agua que tenia para humedecer sus labios.

«Sin embargo, los discipulos del colegio concibieron alarmas sobre el estado de su salud, y resolvieron no obedecer por mas tiempo la prohibicion que les hiciera. Hicieron avisar al obispo, superior de la mision, quien envió al momento su palanquin para hacer trasladar al enfermo á la ciudad. Apenas el virtuoso sacerdote oyó la orden de ir á Pondichery, recogió las pocas fuerzas que le quedaban todavia para sacrificarlas á la obediencia; pero lleno de horror hasta el último momento á cuanto podia endulzar sus males, quiso hacer el viaje á pié. Luego que llegó fué á dar las gracias al obispo con ese tono de edificacion que habia tenido toda la vida. Al verle el prelado se asustó de la palidez mortal que cubria su rostro, y le dijo que se acostase luego para recibir los últimos auxilios de la Iglesia. Administráronse los en efecto al momento; pero apenas hubo recibido los últimos Sacramentos, cuando se levantó y fué á morir al pié de un Crucifijo.

«Hallaron su cuerpo ceñido de un áspero cilicio, que no se habia quitado nunca en el espacio de quince años desde que habia